

CAPITULO VI

Fin de la administracion de Juarez.—Presidencia del general Arista.—Renuncia de Arista.—Presidencia de Ceballos.—Golpe de Estado.—Sus consecuencias.—Vuelta de Santa-Anna.—Juarez director del Instituto de Oaxaca.

Al concluir el período constitucional de Juarez, ya habia tomado posesion de la presidencia el general Arista, ministro de la guerra en la administracion de Herrera. *
Don Mariano Arista que habia empezado su carrera militar en las filas españolas durante la guerra de independecia, si bien tenia un gran renombre como soldado y como general, no era por cierto uno de aquellos gefes atrevidos que atraen en torno suyo á un partido personal numeroso, ni mucho menos uno de aquellos hombres cuyos antecedentes forman todo un programa político. Siguió, es verdad, el sistema de D. José Joaquin Herrera: economizar lo mas posible en la administracion, reorganizar el ejército, y acatar en todo los actos de la representacion nacional; sistema de admirables resultados en los países y en las épocas en las que una secretaria de Estado no es el blanco de veinte mil ambiciones, y en los que aun los principios políticos no están lo mismo que las bases sociales, en tela de juicio.

* El candidato del partido exaltado entonces, fué Almonte, cuyo despecho habia llevado hasta la mas infame de las traiciones.

El descontento del ejército por una parte, y la impaciencia del partido liberal por la otra, produjeron las revoluciones que estallaron en Jalisco, Orizaba y Veracruz.

Arista, atacado por la prensa, respetando hasta la debilidad á la mayoría del Congreso; sin prestigio político alguno, y encontrándose impotente para reprimir á los trastornadores del orden público, renunció la presidencia. Encargóse del mando supremo de la República el presidente de la Corte D. Juan Bautista Ceballos * que no solo no pudo contener la revolución, sino que á poco disolvió el Congreso dando el mas inesperado y el mas vergonzoso de los golpes de Estado.

Era Ceballos un abogado de gran reputacion y de reconocido talento, pero su carácter bilioso y extravagante hacian de él un mal gobernante. Este hecho de uno de los hombres mas ilustrados de su época, prueba que en aquel entonces nadie tenia fé en las instituciones que regian al país, que las entidades personales jugaban con los destinos de la patria, y que la presidencia era el botin del mas atrevido y del mas audaz.

El partido liberal que tan hostil se habia mostrado á Arista, se vió envuelto bien pronto en las redes del militarismo. Despues del golpe de Estado de Ceballos, las fuerzas del gobierno secundaron el pronunciamiento de Jalisco, y á pesar de que el Congreso reunido en una casa de un particular en México, nombró presidente á Don Juan de Múgica y Osorio, gobernador de Puebla, ** encargóse del mando como presidente interino el general D. Manuel María Lombardini. ***

* 5 de Enero de 1853.

** Múgica y Osorio no aceptó este nombramiento, y fué de los últimos gobernadores que cedieron á las exigencias de los pronunciados.

*** No entra en el objeto de esta obra la relacion minuciosa de aquellos sucesos; pero para mas esclarecimiento copiamos en seguida la que de ellas hizo Don Guillermo Prieto en su obra *Viajes de órden supremo*:

« ¿Cómo pintar en este escrito aquella dolorosa é imponente agonía del órden constitucional, en la tortura de las pasiones desencadenadas? ¿Cómo profanar con la frivolidad de estos recuerdos aquella hermosa personificación histórica de la abnegacion y del sublime respeto á la ley? ¿Cómo sembrar lágrimas donde se quisieran deramar flores, y descubrir cicatrices mal cerradas donde se solicitan sonrisas, y donde la pluma suelta y sin vacilacion tiene por único anhelo el entretenimiento y la alegría?

Tras aquellas juntas tempestuosas del ministerio de justicia; tras aquellas sesiones nocturnas de las cámaras; tras aquellas mil escenas tan parecidas á las de los últimos momentos de un padre de familias, en que los médicos altercan; en que los entrometidos hablan en voz baja y misteriosa; en que los remedios fraudulentos complican los métodos de curacion; en que los tutores y albaceas anticipan sus planes y especulaciones; en que los herederos aprueban ó se conforman segun las cláusulas testamentarias; y en que el vulgo finge leyendas de errores de cura y de envenenamientos espantosos; despues de esas escenas, despues de una noche hija de la zozobra y el silencio, apareció palacio vacío, y unos papeles en las esquinas anunciando que el Sr. Arista no era presidente, y que el mando estaba en las manos del Sr. D. Juan Bautista Ceballos. Esta mañana fué la del 6 de Enero de 1853.

Como siempre sucede, gran parte de los conspiradores de la víspera se convirtieron en los héroes del día; la revolución tenia tantas facces como el prisma, y en el seno de las cámaras pasaban escenas originales, ya por la orfandad en que habia dejado á los unos la desaparicion del Sr. Arista, ya porque los señores conservadores no las tenían todas consigo con la elevacion de Don Juan Bautista, antiguo federalista exaltado, caudillo de la célebre ley

La vuelta de Santa-Anna fué fácil de prever: desde aquel instante el transfuga de todos los partidos, el vencido en Tejas, en Cerro gordo y en el Valle de México, el general inepto que despues de traicionar á todos los partidos habia comprometido la honra nacional, volvia como árbitro de los destinos de un país á quien tan mal habia servido, gracias á la desobediencia del ejército y á la oposicion

de 11 de Enero de 1847, que se entró en la iglesia de rondon y produjo la chamusquina de polkos y puros, vergüenza y último estado de prostitucion de los partidos, ya por algunas amistades para los hijos de Loyola peligrosas de todo punto.

Los moderados creyeron llegado su agosto, pero les escabroseaban las sombras de ciertos manteos amenazadores y de cierto sombrero de tres picos que se indiligaba *sans façon* para el ministerio de la guerra.

Los santanistas cantaban *ossana soto voce*, porque veian que todos maduraban la almibarada breva, que debia caer por fin y postre en la boca del desterrado de Turbaco, que á lo lejos clamaba, caigo ó no caigo, como algunos personajes de encantamiento.

Por el senado pasó el soplo de la resurreccion, y aquellas momias del imperio, aquellos inválidos políticos que siempre conspiraban, que todo lo entorpecian de un modo rencoroso y sistemático, saltaron clamando aleluya y se pusieron en movimiento como cohorte del nuevo dictador.

Excepciones derrengadas é impotentes eran algunos liberaletes que, redoblando el brío y cerrándose en las cuestiones del Nuncio Apostólico, alteraban la bñis y descomponian los nervios de los Lares, Torneles y Rodriguez de San Miguel.

El Ministerio que se esperaba diese color á tan incalificable peripecia, vino á aumentar las dudas y á alentar las aspiraciones de los diferentes círculos políticos.

El conjunto de tal gabinete fué la duda y la amenaza, el desengaño y el temor, la desconfianza, en una palabra, y la debilidad cuando requeria mas fuerza.

Los liberales tomaron una actitud hostil, pero templada, por miedo á los santanistas y conservadores; éstos pusieron sus agentes en la camarilla de Ceballos.

La peticion de facultades extraordinarias denegadas al Sr. Arista pocos dias antes con tan visible espíritu de partido, dió un carácter de inconsecuencia al gabinete que le cubrió de descrédito desde sus primeros pasos, y la revolución resucitada por la ausencia de Arista, manifestándose anárquica en sus aspiraciones, acabó de sembrar el desconcierto.

En esta confusion, aventurándolo todo el partido clerical, se pronunció en las tinieblas contra la constitucion, y presentó un proyecto para que se reformase por medio de representantes elegidos *ad-hoc*.

Aquella fué la áscua que caia sobre la pólvora: la alarma se propagó instantánea; acudieron á palacio en bandadas los políticos de los portales, los amigos íntimos del presidente, los merodeadores de las revueltas, los energúmenos de clubs y la gente curiosa y arrebatada, é invadieron los corredores penetrando en la habitacion del presidente y hasta en los salones de recreo de los diputados.

Iban y venian dando al aire el manto circunspecto, ciertos clérigos diputados que se hicieron visibles en su calidad de correos de gabinete.

Las cámaras que en los dias anteriores no habian tenido sesiones por falta de *quorum*, ó las habian tenido flojas y desmayadas, estaban con casi todos sus miembros.

Perdida la brújula presidencial, puros, y moderados, y conservadores, se engañaban y confundian, dándose lugar á lances curiosos.

El *Siglo XIX*, cuyo editor, segun parece, era influente en un círculo en que figuraban, Lares, y Uraga, Haro y algunos liberales, perdió el rumbo, pugnando su editor por anudar la hebra que le habian roto los sucesos de Guanajuato, en algunas confidencias con senadores y diputados á quienes mostraba sus cartas ó credenciales con éxito ineficaz.

El *Monitor* hervia en liberales derrengados, ministros recién exclaustrados, antagonistas de Monseñor Clementi, y purería turbulenta que se lanzó á las barbas al Sr. Ceballos, y daba tajos y reveses contra clérigos, conservadores, y curas, y sacristanes.

de un partido que se había alucinado fácilmente, sin recordar un pasado lleno de útiles lecciones.

Cuando los principios se prosternan á las circunstancias de un momento y á determinadas personalidades; cuando la fé en el triunfo se funda siempre en la influencia de un prohombre político, sucede siempre que se llega á establecer

Todo era desorden: la sesion se prolongaba vehementísima; las palabras de los opositores se trasmitian de boca en boca; los aprestos militares comenzaron á hacerse visibles; la junta de gefes del ejército y de guardia nacional reunida con el Sr. Ceballos, no dejó duda de que se trataba de una resolucion arriesgada, y las voces que corrian acerca de la renuncia de los ministros, descubrió el intento del golpe de Estado, reconciliando con la opinion á los que no querian participar de tan tremenda responsabilidad.

La sesion en la Cámara se suspendió para continuarse en la noche.

Aquella tregua se aprovechó por los bandos disidentes en hacer aprestos, en cerciorarse el gobierno de las fuerzas con que contaba, y los liberalillos en buscar arrimo, solicitando gefes de cuerpo, caudillos de bigote y nombre en el ejército, y cabecillas de barrios alborotadores y parlanchines.

Llegó la noche: la sesion continuó turbulenta; por todas partes se notaban aprestos hostiles; la puerta de palacio estaba cerrada, y las guardias reforzadas y con fusil en mano.

En los corredores superiores se veian grupos de gentes en cuyos centros se percibian las lumbres de los puros y cigarros.

En el corredor cubierto que rodea el salon de la Cámara, se agitaban senadores, magistrados, militares de alta categoría, espías de la presidencia, mozos y parientes de los diputados, y curiosos, pero de cierto viso y nombria.

El salon hermosísimo de la Cámara estaba débilmente iluminado por bujías dispersas trecho á trecho sobre la barandilla que sirve de tribuna frente á los asientos de los diputados; pero la parte superior muy lóbrega.

En la mesa presidencial, bajo el dosel y alrededor del Cristo, habia mayor cantidad de luz que iluminaba el semblante del diputado Don Ezequiel Montes, que fungia de presidente.

La agitacion de los diputados era indescribible.

Muchos que habian hecho oposicion apasionada al general Arista y contribuido á la elevacion del Sr. Ceballos, indignados por el amago del golpe de Estado, le contrariaban frenéticos y se unian á los liberales mas exaltados; otros motores de aquel atentado manifestaban compuncion hipócrita, y se deshacian en lamentaciones; y otros cercanos á las puertas, con sus sombreros listos, el oido atento, y el corazon sobresaltado, esperaban el mas leve indicio de violencia, para tomar las de villadiego como lo verificaron con una celeridad cómica y sorprendente.

Las puertas interiores se cerraron, y se oyó á lo lejos que la desercion continuaba.

A poco que esto se verificó, se oyó en el corredor el sonido sordo y compasado de la tropa que invadia la Cámara, y despues la voz de descansan, y el golpe uniforme de los fusiles en el suelo.

El general Noriega iba con aquella fuerza.

Al sentir su presencia, diputados, curiosos de fuera de la Cámara y todo el mundo, se arrebató de un vértigo de ira que no es fácil describir. Varios diputados se pusieron en pié en sus asientos pidiendo la palabra y prorumpiendo en las protestas mas enérgicas; otros se disponian á partir azorados, trémulos, y no atendian mas que á acelerar los momentos. Entre ellos impasible y riendo se distinguia á D. Gregorio Mier y Terán.

— Este hombre rie. con el aplomo de sus miles, decia un compañero.

Sobresalia entre los mas entusias para protestar contra la fuerza D. Francisco Villanueva, diputado por Puebla, pero muy conocido en la capital.

Pequeño de cuerpo, débil y nervioso, de modales expresivos y de voz tiple y melosa, Pancho Villanueva era un desertor de los salones de buen tono y de los círculos de los elegantes que se introducía en el Congreso.

Enemigo de la administracion del general Arista, habia adquirido celebridad reciente por un lance personal que le procuraron algunas alusiones demasiado ofensivas contra el Sr. Arista.

Pero en aquel punto, en aquellos instantes, herida su dignidad de hombre y sintiendo ultrajado su honor de diputado, desplegó una energía desusada que lo colocó á la vanguardia de los mas celosos defensores de la representacion nacional.

sin pensarlo siquiera, sin deseirlo, el gobierno personal de una entidad, cuya exaltacion al poder es una suprema rémora á la realizacion de esos mismos principios. El camino del bien es uno en política como en todo; el derecho se conquista por el derecho, y la justicia por la justicia.

Puede un pueblo para conquistar su soberanía, necesitar de entidades mas

Su protesta era una trasformacion, era su bautismo entre los exaltados liberales, y el momento elegido por el honor no pudo ser mas oportuno.

Sobresalia su voz conjurando á los diputados que se hallaban en pié, en grupos ó en alarma, á que no desajasen sus asientos.

El Sr. Montes que presidia la Cámara, pugnaba por reducir al orden al Congreso, cuando tocó la puerta, como diria el Sr. Ocampo, el casero que venia por las llaves.

Era en persona el general D. Tomás Marin: á su vista los gritos contra la tiranía, las explosiones de furor, no tuvieron límite. El Sr. Montes en medio de la confusion dejó su asiento, y aquella acefalia aumentó extraordinariamente el desorden.

D. Leon Guzman, que antes habia sido presidente, con una entereza extraordinaria, con un valor realmente admirable, ocupó la silla presidencial, y trató de restablecer el orden desafiando de frente á frente el peligro.

Excesivamente bilioso y exaltado, resuelto en los peligros hasta la temeridad, con bien merecida reputacion de honrado y consecuente, Leon Guzman era muy digno caudillo en aquella crisis desesperada.

Muchos conservadores se escurrian entre las sombras, embarrándose en las paredes, escabulléndose y corriendo á escape, presentando las mas célebres caricaturas los que por su edad ó su traje clerical ponian en contraste su miedo con sus medios de fuga.

Villanueva golpeando la baranda, gritaba: «A reunirnos á San Francisco.»

Cervantes Oza, vástago de la casa de los condes de Santiago, muchacho simpático á quien se suponía por los cuatro costados conservador, se puso furioso, é invitaba para que en su casa fuese la reunion.

García Torres, ese impresor con corazon que así pone á un albur sus intereses en estas crisis como su propia vida cuando se trata de la causa de la libertad, abriendo sus brazos, torciéndose, gesticulando exajerado, gritaba: á mi casa.

El presidente gritó: á San Francisco, y en tropel abandonaron todos el salon.

A la salida materialmente entre las bayonetas, en medio de la oscuridad, ingresaron á los grupos de los diputados, senadores, magistrados, gefes de cuerpos y curiosos en gran número.

Cada seccion de las que salia llevaba sus oradores que comentaban los sucesos, y los nombres de traicion resonaban á lo lejos entre las sombras de la espaciosa plaza.

El grueso de los diputados se dirigió á San Francisco, otros se instalaron en la casa de Cervantes Oza, algunos en la imprenta de García Torres.

En los portales habia gente alarmada; se decia que en los barrios se preparaban alborotos.

Numerosas patrullas recorrían la ciudad en todas direcciones; la vista de cada guardia nacional, el recuerdo de algunos nombres que tenían por herencia la tradicion de Peñúñuri y Balderas, y que asistían á aquella jornada carnavalesca, imitacion de Napoleon el chico, irritaba cuanto no se puede imaginar.

Las puertas de San Francisco estaban cerradas; no fué posible que allí tuviera asilo la representacion expulsa, y se refugió en la casa de García Torres, convento del Espíritu Santo.

En el dilatado y angosto salon de aquella casa se organizó la reunion, preparándose la acusacion á Ceballos por traicion, y tratándose de elegir presidente de la República.

Antes era forzoso que hubiera *quorum*: en diligenciarlo pasaban las horas; los senadores se citaban para el dia siguiente en la casa del Sr. Olagüel.

Cuando mas ardiente y enfervorizada estaba aquella reunion, sacó su faz pálida como la de un cadáver, por la puerta del salon, D. Juan Lagarde, gefe de la policia, y visiblemente turbado intimó la orden de que la reunion se disolviese. Lagarde se acercó á García Torres y le dijo: Dice el señor Presidente que extraña que siendo vd. su amigo tenga esta reunion.

ó menos grandes, mas ó menos populares; pero cuando se trata de su emancipacion moral, de su reforma social, no son ni los grandes capitanes, ni los grandes políticos los que la llevan á cabo, sino los hombres de corazon y convicciones profundamente arraigadas; aquellos que no buscan mas influencia ni mas base que la legalidad de su mision fundada en las leyes y en los principios que de-

—Diga vd. que estos señores tambien son mis amigos, y que yo no cierro las puertas á la representacion nacional.

Se repitió otra escena de injurias, de provocaciones, de despecho; los diputados se citaron tambien para la casa de Olaguibel, y por fin se disolvió la reunion.

Al siguiente dia (6 de Enero) á las ocho de la mañana, se preparaba el local en la casa del Sr. Olaguibel para recibir á los peligrosos huéspedes.

Como hablo muy extensamente del Sr. Olaguibel en esta obrilla, ahorraré por ahora ocuparme de su persona. En su magnífica librería se colocó una mesa que tenia por carpeta el Estandarte Nacional, una de las reliquias de nuestra independencia, conservado con suma veneracion por el Sr. Olaguibel.

Un hermoso santo Cristo coronaba la mesa, y entre bujías los santos Evangelios. Al pié de los estantes de libros se pusieron sillas, y quedó trasformado en Cámara de senadores el estudio del letrado.

Los senadores fueron extremadamente puntuales; á las nueve de la mañana habia gran número, y el presidente, que lo era el Lic. D. José M. Lacunza, no olvidaba ninguna de las ceremonias para dar sin la mas leve afectacion carácter grave é imponente á los actos que debian representarse en aquel lugar.

Es de advertir que el gobierno por medio de su policía habia hecho fijar prevenciones para evitar la reunion de los diputados; pero esto no hizo sino difundir la alarma y atraer espectadores al centro de la poblacion y á los lugares señalados para la reunion de las Cámaras.

Los diputados, apiñándose en gran número, se instalaron tambien en la casa del Sr. Olaguibel, en la pieza interior contigua á la librería. En un gabinete de vidrios inmediato que daba á la escalera se acomodó parte del público que realmente tenia invadida la habitacion entera.

Las discusiones en todas partes eran vehementísimas.

En el senado se suplieron los secretarios, y los Sres. D. Guillermo Valle y D. José de la Bárcena, ocuparon estos asientos.

El Sr. Lacunza atendia á todo con increíble aplomo y sensatez.

Este Sr. Lacunza merece que lo conozcan mis lectores.

Su padre fué el magistrado Lacunza, conocido en el orbe literario por el nombre de Can-Azul; casi en la niñez fué visitado por la orfandad, y quedó á expensas de una tia despejada y generosa; una matrona cumplida que lo puso en San Juan de Letran en union de su hermano menor.

Por los años de veintiocho y veintinueve, cuando tendría sus diez y ocho años el chico, publicó algunas composiciones poéticas de bastante mérito, y despues de la derrota de los españoles, una oda á Terán que le valió merecida nombradía.

Por su influencia y conatos se instaló la Academia de Letran de que fué uno de los cuatro fundadores.

Electo despues diputado, se hizo notable por la facilidad sorprendente de su palabra, y por su sutileza de argumentacion. Para Lacunza en la tribuna no hay objeciones poderosas ni dificultades invencibles.

Eminente en las ciencias, erudito de primer orden y con una fuerza de retencion tal, que complicadas operaciones financieras las combinaba en la memoria en el calor de la improvisacion con asombro de cuantos lo escuchaban.

Ministro del Sr. Arista fué integérrimo, moderado por temperamento, pero firmísimo en sus creencias liberales.

Tal era el presidente del senado.

En las sillas se hacian notables el Sr. Guevara, silencioso y como confundido con los acontecimientos. El canónigo Verdugo, conservador exaltadísimo pero de buena fé y honrado, tartamudeando en voz baja dieterios contra los liberales.

Lares, magistrado de Zacatecas, nacido en Agualeguas, que vino al arrimo del partido liberal, y des-

fienden. A determinados principios políticos no los salvan la proteccion de una personalidad protectora, sino los apóstoles de buena fé protegidos y amparados por esos mismos principios.

El ejemplo mas palpable que podemos presentar, es el triunfo de la revolucion de Jalisco. El descontento del partido liberal la ayudó, y cuando ya habia

pues figuró en primera línea con los conservadores. Estudioso y hábil, de un amor propio susceptible, de una palabra chillona y exigente, influia poderosamente en el bando revolucionario, y protegido por las numerosas relaciones del infatigable editor del *Siglo XIX*, aparecia en primer término de los hombres del porvenir.

Haro, afiligranado de cuerpo, con su voz meliflua y su conversacion salpicada de diminutivos, nariz afilada, ojos azules brillantísimos, y un esmero de lechuguino en el vestir, implacable en sus odios, valiente hasta la temeridad, buen amigo como el que más, arrojadísimo y sin temer obstáculo para la realizacion de sus empresas; Haro, aunque hombre sin mundo, aunque senador sin elocuencia, aunque acusado de intrigante y de pérfido por muchos, es un partidario temible, y un hombre que sobresale de luego á luego en el bando en que se filia.

Para no convertir en galería este prólogo, terminaré con el Sr. D. José M. Tornel.

Este personaje tan adulado por la historia y por la voluble fortuna como él diria; tan calumniado y desconocido por las pasiones políticas al través de las cuales se le juzgó casi siempre, estaba en su ocaso. Una dolorosa enfermedad lo tenia convertido en esqueleto; vivia de su espíritu. Se percibia su inteligencia superior al través de su naturaleza enferma, como la luz que arde, para valerme de una comparacion de Byron, en el fondo de un vaso de alabastro.

En el dia á que me refiero lo envolvía profusa capa con cuello de nutria; su ropa interior holgada al extremo dejaba al descubierto un brazo y una mano blanca y descarnada que tendió sobre los Evangelios, invitando á los senadores á que renovasen su juramento á la Constitucion. Pretendia, sin quererlo, la humillacion del delito delante de la majestad legal. Al seguirlo el partido conservador imitó al apóstol suicida en el ósculo pérfido con que marcó á su víctima.

Ardia entretanto la improvisada Cámara de diputados, esforzándose por completar su número y coordinándose en turbulentas proposiciones los medios para declarar traidor al presidente Ceballos.

Los curiosos se agolpaban en tropel á la casa del Sr. Olaguibel; en todos los corredores, en las piezas interiores, en las escaleras, en el patio, habia grupos de corrillos. Iban y venian avisos diligentes sobre las disposiciones del gobierno, los aprestos de la policía y el estado de los gefes de los cuerpos sobre sostener ó dispersar la representacion nacional.

La pieza en que estaban los diputados no los pudo contener al fin; el diputado D. Francisco Ocampo propuso su casa en la calle del Hospicio de San Nicolás, para que continuase allí la sesion, y así se ejecutó.

Entonces la atencion pública se dividió en tres puntos. La Diputacion en que el gobernador Azcárate, Lagarde y otros, preparaban la caza de disidentes; la morada de Ocampo ó sea Cámara de diputados, y la casa de Olaguibel.

A este punto se dirigió primero Lagarde, que penetró al salon, pálido, tartamudo, con su traje de montar y su cuarta en la mano, á intimar á los senadores que se retirasen. El Sr. Lacunza contestó con laconismo y entereza: varios senadores, entre los que sobresalió Olaguibel, prorrumpieron en protestas contra la tiranía y sus esbirros; Lagarde se retiró, pero no la fuerza de policía que quedó á la vista de la casa.

En la Cámara de diputados se reunió el *quorum* despues de algunos esfuerzos, completándose con suplentes; se leyó la acusacion, y con todas las formalidades se declaró traidor á Ceballos en medio de vehementes discursos y de entusiastas aclamaciones.

Tal declaracion fué conducida á la Cámara de senadores, donde se renovaron escenas terribles. En medio de lo mas acalorado de la discusion se anunció la vuelta de Lagarde; se oyeron las pisadas sordas de los esbirros en la escalera; los senadores se pusieron en pié. El que tenia la palabra continuó con ella con exaltacion indecible; algunos ancianos conservadores desaparecieron del salon, y Lacunza, decoroso é impasible, hizo porque el órden se restableciera.

Propúsose en la Cámara de diputados la eleccion de presidente constitucional de la República, nombra-

muerto el orden legal, cuando disuelta la representacion nacional sus miembros eran conducidos á la cárcel entre esbirros, hubieran de arrepentirse muchos de aquellos que se habian olvidado de que los destinos de la patria están vinculados en el respeto á las instituciones y en la guerra en la órbita legal de los comicios.

El que obtiene el poder por medio de una infamia, tiende á conservarle con

miento que recayó en D. Juan Múgica y Osorio, gobernador de Puebla; se declaró que fungiria entretanto D. Marcelino Castañeda, presidente de la Corte de Justicia, y que él, acompañado de los secretarios de ambas cámaras, conduciría el nombramiento al nuevo magistrado supremo.

Mientras pasaban los avisos de una á otra Cámara, en la de senadores se concedió una hora de licencia.

Apenas habian salido los senadores quedando algunos de ellos en la casa, cuando penetró Lagarde y los puso presos, conduciéndolos á la Diputacion. Los Sres. Lacunza, Olagübel, Lafragua, Valle, y no recuerdo quiénes mas, fueron de este número.

Marcharon entre soldados de la Alcaicería á la Diputacion: la gente se agrupó silenciosa á verlos, y se agolpó en seguida á la Diputacion, curiosa pero sin excitacion; la generalidad parecia de todo punto indiferente. La noticia en la Cámara de diputados produjo una verdadera explosion.

Al volver los senadores ausentes y hallarse sin sus compañeros, protestaron en los términos mas enérgicos contra el atentado; quisieron participar del ultraje, pero el crimen estaba consumado: la guardia nacional parriada hacia gala de convertirse en guardia pretoriana, y los esfuerzos estériles eran los espíritus vitales del orden legal que habia desaparecido sin remedio.

El Sr. Castañeda, acompañado del senador D. José de la Bárcena y del diputado D. Juan Viadas, caminaron á Puebla, donde la situacion fué con mucho superior al Sr. Múgica.

Derrotado como nunca con estas victorias cómicas el gobierno, le dió la opinion por pintado, y se dirigió su vista al desenlace de los sucesos que preparaban la revolucion de Jalisco, los acontecimientos de Veracruz, y la guarnicion del Distrito. Quedó como otras veces la República á discrecion de los cuerpos de guardia.

Heridos en lo mas vivo los liberales, compactos con el comun peligro, amagados por la faccion conservadora que aunque vacilante al llamamiento de Santa-Anna, se movia con toda la actividad que la comunicaban Haro, Suarez Navarro, y otros que eran como los anillos que unian á conservadores y santanistas, formaron juntas, se apoderaron del *Monitor Republicano*, y aun quisieron atraerse á Santa-Anna mismo por medio de Lerdo y Basadre, previo un programa lleno de patriotismo, pero sin cuidarse de la realidad de las cosas, formado por el Sr. D. Isidoro Olvera, entusiasta federalista, y aunque sombrío y taciturno, partidario consecuente y leal.

La revolucion que venia de Jalisco trastrabillando, ebria de inconsecuencia, se inclinaba del lado santanista. El *Universal* se pronunció sin embozo contra las instituciones; el *Siglo*, enemigo del general Arista, conservaba su equilibrio; y el *Monitor*, redactado por Arriaga, Prieto y Florencio Castillo, acogia los escritos de Valente Baz contra Monseñor Clementi, y convirtió la redaccion en un foco de rebelion federalista.

Ardia la piececita de la redaccion; allí se espaciaba la bñis de Viadas cuya cólera se parece al delirio, y que con el excelente corazon de un niño tiene pasiones vehementísimas. ¡Allí los cuadros de costumbres que en medio de sus iras forma Valente Baz con alusiones á la crónica escandalosa, sorbiendo tabaco y gesticulando con una animacion extraordinaria; allí nos alentaba Sabás Iturbide, licenciado guerrillero, silencioso y de pasiones hondísimas, con su bolsa para sus amigos, su corazon para la libertad, su brazo para la lid en su defensa, su alma para todo lo grande.

Allí venian los escritos del immaculado Melchor Ocampo; allí, en fin, asistia la flor y la nata del purismo.

Combináronse cartas y contraseñas, eligiéronse corresponsales en todos los Estados, organizáronse publicaciones, y se preparó todo para atenuar lo posible la venida del ilustre proscrito de Turbaco que ya era inevitable.

Ya sabe la nacion los convenios del 6 de Febrero: despues de peripecias y tramoyas sin cuento, vino el Sr. Lombardini al pader, y los liberales, con los ojos fijos en Veracruz lo mismo que la nacion entera, apenas tenían aliento para decir: «ya viene.»

El Sr. Lombardini era un hombre de quien diré unas cuantas palabras, porque merece la pena que hagamos conocimiento con su persona.

infamias; aquel á quien llama la ley para regir los destinos de la patria, si no es un traidor, encuentra mas descombrada la vía de la legalidad y del derecho por difíciles que sean las circunstancias, y la conciencia de su mismo derecho y de su autoridad le inspiran todo lo grande, todo lo augusto de la mision que desempeña.

Esto fué lo que pasó á Juarez, cuando persiguido, solo, sin recursos, luchaba en nombre de la legalidad de su mision en contra de las ambiciones personales.

Nosotros lo creemos con toda la fé con que se pueden abrigar los apotegmas en política. En medio de las tempestades civiles, no son ni los grandes genios, ni los grandes capitanes los que salvan á los pueblos; son, sí, los soldados leales del derecho, las conciencias rectas y los intérpretes augustos que van de lo justo y de lo bueno al terreno de la utopía por el camino de las leyes.

Los errores del partido liberal desde 1828 hasta 1853; la dictadura de Santa-Anna; las traiciones de que hizo víctima á la patria el partido del pasado, la efervescencia de las luchas políticas durante este período que hemos recorrido á grandes rasgos, no son, sin embargo, mas que el prólogo de la vida política de Benito Juarez.

Estas verdades que se olvidan en medio de las guerras civiles que degeneran en luchas de personalidades, formaba, sin embargo, el credo político de algunos hombres del partido liberal que como Ocampo y Juarez debian brillar mas tarde en la regeneracion de la patria.

En aquellos momentos en que todo se olvidaba por los recientes sucesos en los que la reaccion envolvia á sus enemigos en sus propias redes, estos hombres

Militar oscuro, subalterno caballero y excelente compañero, vivió y se engrandeció con la reputacion y á la sombra del general Valencia, con quien lo unió estrechísima amistad y de quien era cuñado.

Jefe del Estado Mayor del ejército dió á conocer sus excelentes prendas personales, y estas de tal modo eran eminentes, que nadie recordaba ni su poquísima instruccion, ni su escasa valía como militar y como hombre de gobierno. Servicial, compasivo, interpuesto siempre entre las iras del poderoso y el desgraciado, contraste vivo al lado del general Valencia y al de Santa-Anna, era popular como la caridad, y querido con entusiasmo como se quiere á la misericordia.

Las circunstancias descritas hicieron que al ascender el general Lombardini al poder, aunque muy afecto al general Santa-Anna, de quien era visiblemente precursor, le rodearan personas de todos los colores políticos, y que gobernara en *famille* el señor general, como diria un frances.

De ahí es que en esta puja del árbitro ausente, aunque todos desconfiaban de Santa-Anna, aunque los conservadores lo aborrecian, y los liberales lo detestaban, y los suyos le acusaban de ingrato, ostensiblemente se unian, menos los liberales, á tenderle capas y á cantarle hossanas! Todo el movimiento, toda la accion estaba entre México y Veracruz, y el gobierno, como chicos que juguetean en las piezas interiores de una casa, mientras los señores formales están en la sala, criaba batallones, resucitaba desvalidos, rehabilitaba caidos, y hacia mil primores; pero se necesitaba un alto reflejo para poder decir, aquí está el gobierno!!!»

Esta relacion escrita aún con la reciente impresion de los sucesos, tiene, además de sus pinturas verdaderamente maestras, el mérito de conservar todas las minuciosidades que busca siempre el historiador en las memorias personales. Cuando se trata de pintar el estado social de México antes de la reforma, no creemos esté de mas la relacion de las peripecias que contribuyeron al establecimiento de la dictadura militar mas desusada que se ha cimentado en la República.

permanecían en el fondo de su hogar alejados de una política de ambiciones, de deseos y de interés particular, y si salían, era como D. Joaquín Ruiz, para elevar una protesta en los *besamanos* y atraerse el odio de todas las facciones. Sacrificios inútiles que por entonces nadie comprendía, ni imitaba.

Uno de esos hombres fué Juárez, que acatando el precepto de la Constitución de Oaxaca, que prohibía la reelección, dejó el mando en 1852, no conservando más que el honorable empleo de director del instituto de Ciencias y Artes del Estado, en el cual había hecho sus estudios y al cual había atendido con una verdadera solicitud filial.

Retirado al hogar doméstico, cuidando del primer plantel de instrucción pública de su país natal, y buscando su sustento en el ejercicio de la abogacía, fué como lo encontró la dictadura de Santa-Anna.

Entre el nuevo dictador y Juárez existía una antipatía profunda; Santa-Anna conservaba un rencor inextinguible por todo aquello que no se había doblado á su paso, y Juárez fué uno de los pocos hombres que permanecieron erguidos frente al orgulloso soldado; Juárez á su vez despreciaba al ambicioso vulgar á quien la admiración pública había colocado en el rango de los semi-dioses. Por eso es, sin duda, que mientras más ruido metían los partidarios de Santa-Anna, más humilde era la posición de Juárez, quien como otros muchos liberales, creyó tal vez un momento en la sinceridad de las palabras del dictador al volver á su país.

Juárez, como otros muchos, no fué en aquellos días sino simple espectador de la embriaguez general de un pueblo que alzaba altares á la diosa fortuna; pero los tiranos no consienten las más veces ni la misma indiferencia.

Las persecuciones, los atropellos y las injusticias del nuevo gobierno debían sacarlo de su humilde posición y abrirle por el camino del ostracismo un porvenir glorioso en la política.

Los hombres públicos son como los rayos, brotan de las grandes conmociones, aparecen en las horas de suprema angustia, y se dan á conocer en medio del bullicio de las pasiones y del horror de los disturbios. En luchas en que se debaten grandes principios, las personalidades nacen de entre la multitud, en reacciones en que se intentan cimentar bastardos intereses, los héroes se eligen en una reunión de pretorianos. Por eso es que en 1853 no hubo quien se opusiese á la marcha triunfal del expatriado de Turbaco, y que en 1860 y 1865 si hubo infinidad de mártires, de patriotas, de hombres buenos y leales que hiciesen resbaladizas las gradas del poder á los usurpadores, porque entre una orgía militar que enloquece á todos los espíritus y trastorna á todos los partidos, y el duelo á muerte entre las preocupaciones del pasado y las utopías del porvenir, hay la misma distancia que entre el chubasco que amedrenta á los rebaños, y la tempestad que desgaja los

árboles y las peñas y desborda los ríos; la misma que existe entre las ambiciones vulgares y las pasiones que envenenan el corazón.

Las causas por lo general influyen en la grandeza de los sucesos que originan, y no es lo mismo el combate entre las personalidades, que la lucha entre principios y entre ideas, sobre las cuales ha de descansar el estado social.

Los liberales á quienes se había hecho servir de instrumento para el triunfo del plan unitario de Jalisco, no tuvieron más esperanza que las palabras de reconciliación del general Santa-Anna, y los que permanecieron indiferentes á aquellos sucesos, solo esperaron del tiempo que esclareciera el horizonte político. Pero el general Santa-Anna, traidor á sus compromisos, no tardó en iniciar un gobierno, ridícula parodia de las monarquías militares de Europa.

Esto preparó nuevas y más fecundas revoluciones, y unificó otra vez al gran partido liberal.